

San Pablo y el evangelio

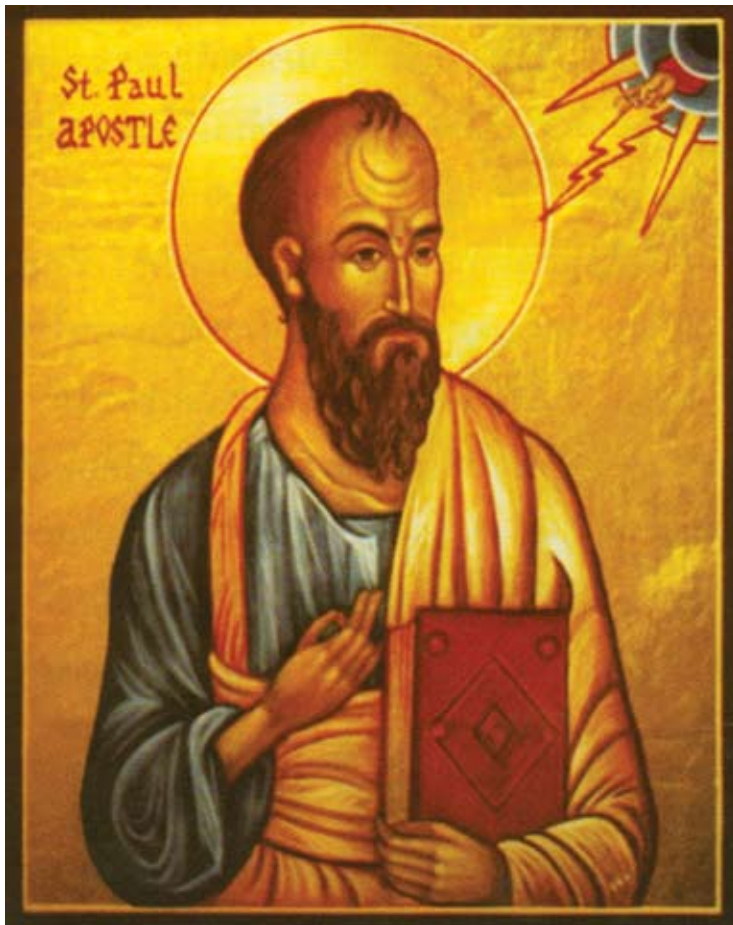
HUGO ESTRADA

Pablo estaba totalmente convencido de que el mismo Jesús resucitado se le había aparecido y lo había comisionado para llevar el Evangelio, de manera especial, a los paganos. Pablo recordaba muy bien que Jesús resucitado le había dicho: "Para eso me he aparecido a ti para ponerte por ministro y testigo de las cosas que has visto y de aquellas en que me apareceré a ti" (Hch 26,16). Por eso Pablo afirma sin dudarle: "¡Ay de mí si no anuncio el evangelio!" (1Cor 9,16).

Toda la vida de Pablo se centró en anunciar el Evangelio de Jesús. También Jesús mismo le reveló el Evangelio. Dice Pablo: "El Evangelio anunciado por mí no lo recibí ni aprendí de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo" (Gal 1, 11,12). Pablo fue evangelizado por el mismo Jesús resucitado.

Después de haber comprobado las grandes conversiones que se obraron con la predicación del Evangelio, Pablo pudo afirmar con plena convicción: "El Evangelio es poder de Dios para salvación del que cree: del judío, primeramente, y también del griego. Porque en el Evangelio se revela la justicia de Dios, de fe en fe, como dice la Escritura: el justo vive por la fe" (Rom 1, 16-17).

Cuando Pablo habla de Evangelio, ¿a qué se refiere? ¿Qué es un evangelio? Evangelio es una palabra que se deriva del griego, y que quiere decir: "Buena noticia". En la antigüedad, el heraldo del emperador llegaba a los pueblos y les anunciaba que tenía un evangelio



para ellos. Les contaba que había nacido un hijo del emperador, o que el emperador había ganado alguna batalla importante. Así se manejaba la palabra evangelio antes del cristianismo. Los cristianos tomaron, específicamente, esta palabra para referirse a las buenas noticias con respecto a Jesús. San Marcos comienza diciendo que va a dar inicio al "Evangelio de Jesús el Mesías, Hijo de Dios" (Mar 1,1).

Cómo predicó Pablo el Evangelio

Cuando Jesús se le apareció a Pablo, le especificó que lo enviaba a los paganos para que los pasara de las tinieblas a la luz; y para que los arrancara de las manos de Satanás y los pasara a las manos de Dios (Hch 26, 18). Ante una misión tan desafiante, Pablo afirma que se sintió muy poca cosa. Aunque Pablo era un teólogo de escuela y un especialista en la Escritura, les confesó a los corintios: "Cuando fui a ustedes para anunciarles el testimonio de Dios, no fui con excelencia de palabras o

de sabiduría. Y estuve entre ustedes con debilidad, y mucho temor y temblor" (1 Cor 2, 1,3). Para evangelizar a los corintios, Pablo no echó mano de su vasta cultura, sino que pensó, en primer lugar, en la asistencia del Espíritu Santo. De allí que Pablo continúa diciéndoles a los corintios: "Ni mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder, para que la fe de ustedes esté fundada, no en la sabiduría de hombres, sino en el poder de Dios (1 Cor, 2, 4-5). Pablo no pensó en su debilidad humana para lograr la conversión de los corintios, sino en el poder de Dios, por medio del Evangelio, que Jesús le había entregado.

Pablo comprobó el poder del Evangelio

Pablo tenía experiencia en su propia persona del poder del Evangelio para la salvación del que cree. Al recibir su bautismo en el Espíritu Santo, Pablo se sintió "nueva criatura". Supo por experiencia lo que era el poder del Evangelio. Por eso escribió: "El evangelio es poder de Dios para salvación del que cree" (Rom 1,16). La palabra, en griego, que Pablo emplea para hablar del poder de Dios es "dynamis". De allí viene el nombre de dinamita, que nos habla de una potentísima explosión. Pablo en sus muchas predicaciones por el mundo mediterráneo, había comprobado cómo la dinamita espiritual del Evangelio explotaba en los corazones de tantísimas personas, que pasaban de las tinieblas a la luz, de Satanás a Dios.

Lo mismo que Pablo había experimentado ante el Evangelio que Jesús le había presentado, comprobó que se realizaba también ante su carcelero en la ciudad Filipos. El carcelero sintió que Pablo se interesaba por él: en lugar de escaparse, cuando se habían abierto las puertas de la cárcel por un terremoto, Pablo lo había salvado del suicidio. Aquel carcelero cayó de rodillas diciendo: "¿Qué debo hacer para salvarme?" (Hch 16,30). Pablo y su compañero le contestaron: "Cree en el Señor Jesucristo y te salvarás tú y tu familia"



ta. Pablo, como experto evangelizador, aprovecha para evangelizar rápidamente al carcelero. Lo ayuda para que acepte a Jesús como su Salvador. La fe le llega al carcelero, al oír a Pablo, que le expone le mensaje de Jesús. Pablo lo invita a hundirse en Jesús por medio del bautismo. Aquel hombre confía en el Jesús que Pablo le presenta. Comienza a sentirse nueva criatura. Siente la urgencia de dar testimonio de su cambio interior.

No termina aquí el dichoso acontecimiento. El carcelero invita a Pablo y a su amigo Silas, a su casa. Les ofrece de cenar. Aquel hosco carcelero de antes, que metió a Pablo en lo más oscuro del calabozo y que le puso cadenas, ahora le está lavando las heridas a Pablo con mucho amor. En su carta a los corintios, Pablo escribió: "El que está en Cristo es nueva criatura, lo viejo ya pasó, ahora, todo es nuevo" (2 Cor 5,17). El carcelero bautizado es nueva criatura. Irreconocible. Es el Evangelio, poder de Dios para salvación, que ha actuado en el carcelero y su familia.

(Hch 16, 31). En el caso del carcelero se puede apreciar meridianamente que "El Evangelio es poder de Dios para salvación del que cree". El carcelero, ante el temblor que abre las puertas de la cárcel, y de Pablo que le impide que se suicide, se siente perdido, necesitado de salvación. Le pregunta a Pablo cómo puede salvarse. El ejemplo de nobleza y piedad que ha recibido de Pablo, le sirve para prepararlo a esta pregun-

Lo que Pablo escribe acerca del Evangelio no es una teoría abstracta, es algo concreto, que Pablo ha podido experimentar en su propia vida y en la vida de millares de personas, que ha visto pasar de las tinieblas a la luz, de las manos de Satanás a las manos de Jesús. Por eso Pablo no dudaba en repetir: "No me avergüenzo del Evangelio porque es poder de Dios para el que cree" (Rom 1, 16).

